

■■■ HOMENAJE A *NAZARIN* ■■■
O “PENSAMIENTOS SOBRE LO ETERNO”

Ella Braguinskaya

Creo que a Uds. les parecerán raras e inconvenientes las comillas en este título, pero tienen su explicación. En primer lugar, porque así se llama un programa dominical televisivo que apareció en mi país solo en el año 1989. El programa tiene un subtítulo: “Sermón dominical de ética”. Los que sermonean, son clérigos, escritores, filósofos... bueno, todos los que tienen la popularidad merecida o no tan merecida en mi tierra. Al comienzo, en la pantalla aparecen camiones ruidosos a los que sustituye una silueta esfumada de iglesia, sumergida en la luz vespertina, después, un paisaje. Suena la música sagrada... En suma, todo debe simbolizar los valores eternos, los valores cristianos, aunque todavía la Iglesia no se ve clara. Saco este programa como un ejemplo entre los muchos que atestiguan, comprueban el cambio muy importante, todavía un poco superficial, de nuestra realidad soviética.

Hay que vivir y nacer en mi país para entender, que hace unos 4 ó 5 años, este sermón en la pantalla oficial (otras no existen) hubiera sido algo completamente inverosímil, imposible. Hay que vivir muchos años en nuestra realidad para saber —y sufrirlo— que en nuestra teoría oficial y en nuestra práctica oficial no se usaban las palabras “misericordia”, “caridad”, “piedad”, “compasión”, “resignación”, “penitencia”. Hasta eran censuradas en parte, pues según las concepciones del “humanismo socialista”, la compasión y misericordia humillan la dignidad del individuo...

Imagínense, queridos lectores, cuántos seres humanos fueron sometidos a la propaganda oficial que proclamó sus normas éticas en el “Código moral del constructor del comunismo”: producto de nuestra filosofía de los años 60, esa mezcla de concepciones y estilos, mezcla de nociones amorfas del colectivismo, internacionalismo imperialismo, patriotismo, la lucha de clases, la revolución mundial, etc.

La mezcla, donde aparecen unas frases vagas sobre la concordia humana, pero entre comillas despectivas e irónicas: “Las virtudes permanentes y eternas”. Este Código fue proclamado en el Congreso del Partido y apoyado por todo un coro de seudofilósofos como un “conjunto de principios científicamente argumentados de la ética comunista, nacida en la sociedad socialista”. El tiempo derrumbó este Código tristemente famoso, pero todavía está en nuestra Enciclopedia datada del 1976.

Desgraciadamente, debo constatar que el nuevo programa ético —la fruta del XXVII Congreso, es decir, de los años 80— no difiere mucho de aquél Código, que ya hace años era objeto de risas y sonrisas, y que pretendía ser La Verdad Suprema que acababa con “la ética abstracta de los códigos morales de lo pasado”, según sus autores. ¡Cuántos años todo lo que es Verdad, Esperanza y Amor en su sentido más puro y profundo, fue callado o más bien, prohibido!

No, yo no exagero. Basta decir que en la biblioteca donde yo trabajé más de 25 años, —es una de las bibliotecas más importantes en la URSS— la Biblia Sagrada (en todos los idiomas) se guardaba en un Depósito Especial, para entrar al cual era necesario pedir un permiso. Gracias a la Providencia y la Perestroika, ya no existen estos depósitos especiales, y hace poco en mi biblioteca fue inaugurada con toda la solemnidad una sala de la literatura espiritual, es decir, la literatura religiosa. Pero ¡cuántos años nuestros jóvenes estaban en la cárcel del analfabetismo espiritual, de la sordera espiritual!

Con una sonrisa amarga e irónica me acuerdo de un caso mío. En el año 70 he traído de contrabando una Biblia comprada en París, a donde llegué con un grupo turístico no sé, por qué milagro. Recuerdo los ojos asustados de mi amigo, quien trataba de persuadirme, de evitar “una locura más”: “Ella, ya has tenido conflictos con el jefe de nuestro grupo... Lo único que te falta es que te cojan en nuestra aduana con la Biblia”. Y yo —¡vaya una hazaña, una aventura!— despreciando el miedo y la antipatía de nuestro jefe de grupo, y los consejos de mi amigo. ¡Ay de nosotros!

Ahora todo es distinto. Surgen Fondos de Misericordia, monjas atienden a los enfermos en hospitales; en los actos oficiales aparecen clérigos. Los poetas escriben sobre la Fe, sobre las virtudes eternas, sobre el amor al prójimo, sin pensar ya en la supuesta diferencia entre el “humanismo abstracto” y el “humanismo socialista”. Intervienen coros de la música religiosa, y hasta los grupos musicales supermodernos cantan sobre El Cristo.

Hay varias causas que han condicionado estos cambios tan significativos. Se han desplomado y siguen desplomándose con una velocidad vertiginosa los principios que fueron proclamados como pilares de la construcción del Paraíso en la Tierra, del paraíso alejado en el futuro feliz pero nebuloso. La revelación de los errores trágicos y funestos de la política de los crímenes sangrientos que costaron la vida a millones de hombres y mujeres inocentes, todo esto traumatizó psíquicamente a nuestra sociedad, la que ahora sufre al lado de su entusiasmo la sensación de fatiga, de desilusión, de desengaño, de naufragio. Nosotros estamos esforzándonos en encontrar la respuesta a la pregunta “¿Qué hacer?”, para no perder la esperanza. Y la respuesta todavía está pendiente.

En esta atmósfera difícil del último decenio del siglo xx, en este ambiente de desequilibrio social y político, de la apatía creciente, se realiza en mi país la vuelta a los olvidados y casi abandonados caminos que conducen al renacimiento de la vida espiritual, para encontrar el apoyo, la ayuda y la esperanza en todo lo que está *más allá* de la realidad revuelta y caótica de la Tierra.

Ahora en mi país se escribe mucho de que los dogmas del único partido político abolieron toda la actividad espiritual, de que esta actividad fue reemplazada por la ideología oficial, por el encargo estatal en las artes y las literaturas.

No, no es así, pues nada surge del vacío. Si no existiera esa actividad espiritual, la que se puede y se debe comparar con hazaña, si no tuviéramos almas valerosas, abnegadas,

nobles entre los más humildes y los iluminados, entre la gente sencilla y los escritores, filósofos, teólogos, sacerdotes y pensadores que sabían nadar contra la corriente, sería imposible esta vuelta hacia los valores eternos; sería imposible, como dijo un poeta nuestro, que “pasara como paloma, la estrella sobre los hombres de la cruz que se le cayó, pero no ha caído” (Leonid Visheslovski). Nunca ha perdido nuestro pueblo esa aspiración a la vida espiritual, a las inquietudes de siempre. Sabemos que hay que enderezar la cruz.. Y no es nada fácil.

Es natural que por estas razones, y no solo por éstas, estamos evocando con mayor insistencia y admiración a los que dieron un ejemplo de la nobleza espiritual, a los que vivían “no como todos”, en contradicción con la sociedad cruel y asustada, más bien, asustada y por eso cruel. Evocamos a los seres reales y a los creados por la imaginación artística, entre los cuales ocupa su lugar digno y hermoso el buen peregrino, el penitente clérigo, el aventurero desdichado y dichoso, cuyo nombre es Nazarín.

En una carta a su sobrina, Dostoievsky dice sobre su proyecto de retratar al hombre completamente perfecto: “Todos los escritores, y no solo nuestros, sino también europeos, que trataban de mostrar lo positivo y perfecto, siempre fallaban. Pues es una tarea desmesurada. Lo hermoso es lo ideal. Pero el ideal –tanto nuestro, como de la Europa civilizada– está lejos de ser formado.” En otra ocasión Dostoievsky es más breve y más preciso: “... en nuestra época existe únicamente la personalidad: el ideal es Cristo”.

¡Cuántos intentos han hecho escritores, pintores, cineastas, para crear al hombre ideal, quien encarne la Verdad Divina en la Tierra! Uno de ellos era Benito Pérez Galdós, el ilustre Maestro de la Literatura Española.

Con desconfianza y timidez empecé a releer “Nazarín”, escrito por Don Benito casi hace un siglo. Muchas páginas ya tienen el encanto y la gracia de lo pasado. Pero al mismo tiempo, ¡fui maravillada con el espíritu actual, con la vigencia de tantas cosas de este libro! Todo el mundo sabe que “Nazarín” no es una obra magistral del gran escritor español, ni su mejor logro. A pesar de que provoquen una sonrisa, quizás, nostálgica, algunos razonamientos del clérigo Nazarín sobre la desilusión del hombre del progreso científico-técnico, de los juegos políticos y filosóficos en el siglo de “teléfono, teléforo,... del vapor, de la imprenta, de los “ferros carriles”, de los abonos químicos”, no son nada anticuados ni caducos sus pensamientos sobre la necesidad insistente de la Fe, de los Valores fundamentales en nuestra vida.

¿Y qué diría el clérigo andante Nazarín sobre la soledad y la confusión de aquel hombre moderno que se quedó privado de esta Fe, que se quedó indefenso en los últimos decenios del siglo de vuelos cósmicos, de las crisis ecológica y demográfica, de neurosis y desencantos?

Me maravilló el carácter actual de las palabras de Don Nazarín sobre las autoridades falsas: “Basta de discursos vanos, de fórmulas ridículas y del funestísimo encumbramiento de las nulidades a medianías y de las medianías a notabilidades y de las notabilidades a grandes hombres”. Estas palabras, publicadas en cualquier revista de mi país, recibirían una repercusión inmediata y aprobatoria.

No me atrevo a analizar aquí detalladamente todos los problemas planteados por Don Benito en su “Nazarín”. Ni voy a razonar sobre su estilo y escritura. Pues los investigadores de más alta categoría ya han dicho bastante en pro y en contra de esta novela simbólica,

filosófica, realista, psicológica. Además, lo meditado, lo expresado y lo sufrido por Don Benito requiere una profundización que no está a mi alcance.

Al releer la novela ahora, ví con mayor claridad su carácter simbólico, convencional, tendencioso. El símbolo ya está en el título de la novela y hasta en el diminuto del nombre Nazario: Nazarín.

Los biógrafos y críticos afirman que "Nazarín" pertenece al período de la espiritualización de Pérez Galdós. ¿Y por qué no decir de una espiritualización más profunda o más simbólica que antes? Pues Don Benito tiene inquietudes sumamente espirituales en todas sus novelas. "Nazarín" fue preparado por la vasta progenie de los retratos de clérigos y no solo de ellos; retratos ora negativos, ora positivos. Es una nueva etapa en la evolución espiritual de Pérez Galdós. Nazarín, el personaje protagónico, que huye de la ciudad y va por el "camino de perfección", buscando la soledad, los sufrimientos, no encuentra solo éstos, sino también alegrías, no solo la soledad, sino a las y los "nazaristas". ¿Qué quiere mostrarnos el autor? ¿El papel del sacerdote en la sociedad española de su época? ¿El papel del sacerdote en su confrontación con la sociedad? ¿El papel del clérigo como conductor de los más débiles y más perdidos? ¿La maldad y la bondad del ser humano? Se puede continuar la lista de preguntas.

En esta novela hay de todo y casi todo está ante nuestros ojos. Pero releiendo la novela, yo hacía preguntas a mí misma. ¿Por qué este esquematismo, este carácter abiertamente tendencioso de "Nazarín"?

En muchas novelas escritas antes de "Nazarín", Don Benito demostró el talento extraordinario de crear situaciones psicológicamente motivadas, el talento de crear personajes de carne y hueso; pero en esta novela los personajes son más bien unos símbolos, como ilustraciones a las ideas del autor. El Camino, las Andanzas, las Pruebas del espíritu, los bandidos, la epidemia de viruela, los enfermos atendidos, la cárcel, la visión de La Cruz en el final, dos prosélitas, mejor dicho tres, dos mujeres: Andara y Beatriz, las que son variaciones de Sancho Panza o tal vez, de Martha y María, la supuesta locura quijotesca de Don Nazario. Es como un juego de los recursos bien conocidos. Y parece que Don Benito lo haya hecho deliberadamente. Lo hizo usando el método bastante popular en la literatura: "la novela dentro de la novela".

En la otra novela, "Halma", el autor advierte que Nazarín de "Nazarín" es una figura inventada. "No lo olviden..." Y al mismo tiempo, quiere que nosotros tengamos la impresión de que exista su prototipo real, cuyo nombre también es Nazario.

No en vano en las primeras páginas de la novela, Nazarín aparece como una figura de la vida real y proclama su credo. Tiene su sentido profundo la discusión entre el reportero y el autor sobre la conducta de Nazarín, al principio de la novela.

No en vano Don Benito dice que *construyó* su novela. "¿Concluí por *construir* un Nazarín de nueva planta con materiales extraídos de mis propias ideas o llegué a poseionarme *intelectualmente* del verdadero y real personaje?" Tal vez, esa posesión *intelectual* era motivo para la *construcción* de una obra —palabra que difiere de la de "creación".

Se habla mucho sobre analogías, coincidencias e influencias que se notan en la novela "Nazarín". Unos afirman que en parte es una variación de "La imitación del Cristo"; otros, que es una encarnación de la teoría tolstoyana de la No-resistencia al mal; hay quien subraya su afinidad con "El Nuevo Testamento", "Don Quijote", "Idiota" de Dostoievsky.

Siempre ha existido y sigue existiendo este prurito en los investigadores: buscar influencias y paralelos. Leyendo "Nazarín", no es difícil encontrar uno y otro. Pero según mi parecer, sería más interesante y justo ver en este caso, como esas versiones y esos paralelos de trama, de razonamientos, de caracteres se conviertan en antítesis y expliquen su razón de ser y estar en la novela, subrayando su originalidad.

Ejemplos hay muchos.

Recordémosnos de la escena de resurrección de la niña de siete años en la Catedral de Sevilla, en la "Leyenda sobre el Gran Inquisidor" de Dostoievsky. Fue un milagro cometido por Cristo en su segunda Aparición. En "Nazarín" fue curada la niña moribunda a la que atendió Nazarín. La niña era una prima de Beatriz, la que se convirtió en prosélita de Nazarín. En la "Leyenda sobre el Gran Inquisidor", la gente, al ver el milagro —a la criatura viva con rosas blancas— grita: "Es EL; Es EL;", convencida de que es Cristo. En la novela, Nazarín se pone molesto al ver que lo toman por un santo: "Yo no sé curar; no sé hacer milagros ni jamás me ha pasado por la cabeza la idea de que por mediación mía los haga el Señor..."

Un crítico norteamericano dice en la revista *Insula* /Nº 258, 1968/ que Don Benito, al escribir su "Nazarín", lo hace como si respondiera a la pregunta de Ivan en "Los hermanos Karamazov": ¿Qué sería con el Cristo moderno en nuestra sociedad? y que Nazarín es una fusión entre el Cristo Moderno y Don Quijote.

El episodio de la niña curada —y hay muchos más— dice que Pérez Galdós no pensaba retratar al Cristo Moderno, sino a su discípulo fiel en la Tierra. Y no quería contestar a la pregunta de Ivan, quien aterrorizó a Aliosha con la Leyenda sobre el Gran Inquisidor.

En la "Leyenda", lo principal es el conflicto de la Doctrina de la Iglesia con Cristo. En la novela de Don Benito, Nazarín repite varias veces que "no se apartó ni el grueso de un cabello de la eterna Doctrina de la Iglesia", que nunca ha tenido conflictos con la Iglesia. Su figura es una antítesis de las afirmaciones del Inquisidor sobre la rebeldía del hombre débil contra los dogmas del cristianismo...

¿Lo de la imitación de Don Quijote? Sí, hay muchas afinidades en lo exterior. Las andanzas, la confrontación con la sociedad, los ideales sublimes. Hay paralelos en la estructura de la novela.

Pero Nazarín veía la realidad con los ojos del hombre cuerdo, sensato y no tiene el encanto del loco iluminado. Además, Nazarín no cree en su papel mesiánico. Todo lo contrario; cuando está en situaciones parecidas a las de Don Quijote, insiste: "No soy escogido", "Yo no soy nadie", "Yo no soy santo".

Lo de imitaciones o influencias, es una cosa muy relativa y a veces improbable. ¿Quién puede decir con toda la seguridad, cómo van estos senderos de las influencias, de los paralelos? ¿Dónde están las raíces más profundas de Don Quijote? ¿Quién imita a quién? ¿Don Benito a Tolstoi, o Tolstoi y Dostoievski a Cervantes? ¿O todos ellos acuden al texto de la Biblia, a las palabras de Cristo en la Montaña? Tal vez, sea resultado de la misma aspiración a entender el camino del hombre en la vida terrestre. Tal vez, ¿sea una coincidencia condicionada por las búsquedas, las inquietudes espirituales comunes y afines de los grandes escritores?

Lo que se vé con mayor evidencia, es la influencia de los místicos españoles en la novela "Nazarín". De eso nos dice el mismo Don Benito en la novela "Halma", por boca del sacerdote

Manuel de Flores: “Pero al demonio se le ocurre ir a buscar la filiación de las ideas de este hombre nada menos que a la Rusia. Han dicho Uds. que es un místico. Pues bien: ¿a que traer de tan lejos lo que es nativo de casa, lo que aquí tenemos en terruño, en el aire y en el habla? Pues que, señores, la abnegación, el amor de la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, la paciencia, el sacrificio, el anhelo de no ser nada, frutos naturales de esta tierra, como lo demuestran la historia y la literatura... que han de ser traídos de países extranjeros?”

Esa tradición mística española en las novelas de Galdós de 1890-1897, muestra con argumentos muy convincentes Gustavo Correa en sus trabajos dedicados a la obra del escritor español.

Si atentamente seguimos todos los acontecimientos de la novela creados por el autor, si pensamos en todas las meditaciones y declaraciones de Nazarín y de otros personajes, podemos llegar a la conclusión de que “Nazarín” es más bien una imitación carmelita al Cristo. Las peripecias de su vida pasan por el signo de Amor y no por el de Miedo. Es como una encarnación de las bellas palabras de Santa Teresa: “Oh, Dios, si te adorara por temor al infierno, quémame en sus hogueras; y si te adorara con la Esperanza del Paraíso, exclúyeme del Paraíso; pero si te adoro a Tí por Tí, no me alejes de tu imperecedera hermosura...”

Nazarín busca la soledad igual que los místicos: “Voy mejor solito... no quiero predicar, no quiero que nadie me siga...” Lo que él quiere es ir por la vía purgatoria en soledad y ayudar antes con su ejemplo que con su palabra a los débiles.

No tengo yo derechos de meterme en consideraciones acerca de los problemas religiosos y deliberadamente reduzco mis modestos pensamientos a las cuestiones morales, que —lo dije al comienzo— con tanta fuerza nos preocupan en mi país. Además, creo que tengo ese derecho de limitarme en los problemas éticos, pues el mismo Marcelino Menéndez Pelayo lo subrayó hablando sobre la obra de Benito Pérez Galdós: “Galdós ha padecido el contagio con los tiempos; pero no ha sido nunca espíritu escéptico, frívolo. No intervendría tanto la religión en sus novelas, si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable. Y aunque todas sus tendencias sean de *moralista* al modo anglo-sajón, más bien de metafísico ni de místico, basta la más somera lectura de los últimos libros... para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa; una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale; un contenido dogmático mayor, aun dentro de la parte ética, y de vez en cuando ráfagas de cristianismo positivo, que vienen a templar la aridez de su antiguo estoicismo” (año 1897). Es un análisis muy profundo y completo de la concepción del mundo de Galdós en el período de las novelas “Nazarín”, “Halma”, “Misericordia”...

Pero cada uno lee lo que quiere encontrar. Y para mí el hecho sumamente importante en ese análisis es lo que el ilustre Menéndez Pelayo dice sobre las tendencias moralistas y la parte ética de la obra de Galdós.

Bajo este concepto quiero confrontar o comparar la imagen de Nazarín con el padre Saveli Tuberosov, el protagonista de la novela-crónica del gran escritor ruso Nikolás Leskov, titulada “Las gentes de Catedral” (1872). Nikolás Leskov (1831-1895) es un talento extraordinario y poco conocido fuera de mi país. Tal vez, porque sea intraducible, como son intraducibles muchas páginas de Galdós. Posiblemente, no todos conozcan que la ópera de

Shostakovich “Katerina Izmailova” fue basada en la novela de Leskov “Lady Makbeth de Mzensk”, que es una perla de la literatura rusa...

Bueno, el padre Saveli ejerce el oficio en la pequeña catedral de una pequeña ciudad rusa que se llama Ciudad Vieja. El diario que lleva con grandes intervalos cronológicos este padre, sin duda pertenece a las páginas insuperables de nuestra literatura. Este diario refleja toda la nobleza, toda la riqueza del alma de este sacerdote modesto y honrado, quien defiende sus ideas e ideales y lucha a veces como Don Quijote contra el injusto poder local, contra la rutina y la ceguera espiritual de los superiores de la Iglesia, contra el cinismo de aquellos que son portadores de las ideas del progreso científico-técnico. Sus peleas, reencuentros, confrontaciones con el maestro escolar Varavka que hizo un esqueleto de los huesos de un ahogado anónimo y lo puso en la ventana de su casa, frente al altar de la iglesia, adquieren un sentido profundísimo y muy impresionante.

El padre Saveli no piensa en su camino de perfección, más bien piensa en el camino de la vida, no proclama metas sublimes. Su diario es un diario de los hechos que a primera vista parecen cotidianos, privados de la aureola de heroísmo épico. Los pensamientos, las dudas, los sufrimientos, el cariño, hasta las desilusiones que crecen con el tiempo... pero este diario es una prueba hermosa del don de amor natural, innato, de la aproximación a Cristo.

En “Nazarín”, el clérigo andante pronuncia palabras muy bellas dirigidas al hombre rico e insolente: “Ignoro si siente Ud el amor de Dios, pero sin el del prójimo aquel gran amor es imposible, pues la planta amorosa tiene sus raíces en nuestro suelo, raíces que son el cariño a nuestros semejantes, y si estas raíces son secas, pregunto, ¿cómo hemos de esperar flores ni frutas allá arriba?”

Estas palabras podría decir el padre Saveli, su lejano colega de la pequeña y antigua ciudad rusa.

El lenguaje del padre Saveli es un milagro: es bastante arcaico e intraducible y eso da una gracia especial al texto. No hay nada patético, nada declarativo en las notas del sacerdote ruso. El mismo dice: “Son pequeñeces. Pero solo puedo observar las insignificancias, porque en naderías fui colocado.” Pues las “naderías” agrandecen, adquieren un sentido más elevado y abarcan los problemas más arduos y espirituales, igual que en la novela “Nazarín”. Las peripecias de la vida del padre Saveli van “como de la superficie al fondo” y están más dentro del tiempo y del espacio que en “Nazarín”.

Los dos padres aspiran a la concordia entre la gente, ambos ven el sentido de su ser en el servicio a la Verdad Suprema, al Dios, pero Nazarín es un personaje construido (hay esa dosis de la construcción calculada hasta en los personajes “plenamente perfectos” de Dostoiévsky...), mientras el padre Saveli es un personaje —como otros en la novela-crónica— es tan verdadero, tan orgánico, que parece un ser vivo.

Tenía razón nuestra poetisa genial Marina Tsvetaeva, al decir que el padre Saveli, como nadie en la literatura rusa y europea, encarna el ideal de la santidad, del “hombre plenamente perfecto”.

Al leer esta novela-crónica, involuntariamente y a menudo comparaba a los dos padres, aunque la comparación en este caso sirve poco. Son muy diferentes. Uno busca los sufrimientos y el otro es a quien buscan los sufrimientos. Uno casi traspasa los límites del ideal cristiano y el otro no tiene nada de fanatismo, de místico. Uno predica la pobreza y

escoge la vida de mendigo y el otro vive la vida que le toca entre las “insignificancias”, sin predicar el culto de la miseria. Uno nunca ha tenido contradicciones con la Iglesia y el otro siempre sufre los correctivos de los superiores de la Iglesia Ortodoxa. Uno lo acepta todo con paciencia, no lucha o más bien dice que no lucha / “El enemigo no es conocido para mí”/ y el otro conoce lo que es la ira, la indignación, la amargura, el enojo.

Son distintos. Es natural, porque distintos son sus creadores, nacidos en distintas tierras con distintos destinos. Pero son afines, parecidos. Nazarín y Saveli... ambos tienen espíritu alto y noble, los dos, cada uno a su manera, cometen la hazaña de vivir cruzando la corriente de las circunstancias poderosas, los dos hicieron la elección que es más propia a su libertad interior, los dos prueban lo que dijo nuestro gran filósofo religioso del comienzo del siglo, Vladimir Rosanov, en su libro dedicado no solamente al análisis de la “Leyenda sobre el Gran Inquisidor”, sino a la naturaleza del ser humano. Dice Rosanov, muy citado en mi país actualmente: “La verdad, la bondad y la libertad son ideales eternos, y la naturaleza humana aspira a realizarlos con sus elementos principales: la razón, la emoción y la voluntad”.

Don Benito no ha creado una gran novela, pero nos regaló un hermoso personaje de ese linaje de locos quijotescos, de “idiotas” —recordémonos el sentido original de esta palabra: “ideos”, singular, no como todos— que son capaces de defender los valores eternos, la Verdad Suprema.

Esos personajes despiertan amor en las almas de los que les rodean en los libros y siguen despertando, inquietando nuestras almas confusas.

El clérigo descalzo hizo mucho —no tienen razón aquellos críticos que lo niegan— en su Viacrucis voluntario, en su anhelo de estar más cerca a Dios, de servir a los prójimos.

Pensando en los personajes literarios, entre los cuales siempre estará Nazarín, podemos repetir una vez más las bellas palabras que Dostoievsky puso de epígrafe a “Los hermanos Karamazov”:

“En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, queda él solo. Más, si muere, produce abundante fruto”. /San Juan, XII, 24/